

En vez de escribir el Rey Lear en el tiempo del corona-virus*



* Texto original publicado el 24 de marzo del 2020 en:
[Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo](#)

M.Sc. Paulo Coto Murillo

Costarricense. Investigador con licenciatura y maestría en Sociología por la Universidad de Costa Rica. Actualmente trabaja temas vinculados a sociología y ciudad, convivencias urbana, bienes comunes, representaciones sociales, estudios culturales e industrias culturales en el Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo (CICDE) de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad Estatal a Distancia (UNED-Costa Rica). Además es profesor en el Posgrado de Sociología en la Universidad de Costa Rica.

Correo electrónico:
pcoto@uned.ac.cr

Este escrito forma parte de una serie de documentos elaborados por investigadoras e investigadores del Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo de la UNED, donde a manera de ensayo se presentan análisis y reflexiones sobre el cómo diversos aspectos de nuestra realidad cotidiana se han visto afectados a partir de la aparición del COVID-19.

A pesar de mi condición de clase privilegiada y mi sensibilidad de izquierda “radical”, yo jamás tendría la capacidad de escribir una obra de arte como las que creó el genio de Shakespeare, y menos bajo las condiciones excepcionales pandémicas de vida en las que él vivió o en las que hoy vivo yo, vive usted, vivimos nosotros, en suma en la que está sumido el mundo entero casi sin excepción.

Sí, esta pandemia, nuestra COVID-19, ha fracturado nuestro ritmo de vida cotidiano y su lógica al igual que lo hace la guerra o la festividad (acuérdense del mundial de fútbol de Italia 90 o el de Brasil 2014) pero a diferencia de la guerra y la festividad, nuestra pandemia fractura y recorre como un fantasma (presencia-ausencia) la vida cotidiana de todas las sociedades en el mundo y esto es sorprendente, como también es sorprendente que éste estado de excepción constituirá poco a poco una nueva cotidianidad. Lo cual es deseable y es además prueba de nuestra plasticidad y capacidad como especie.

Retomo, la idea inicial. Sí, yo soy un “privilegiado” en este caso del sector público –existen otros provenientes del sector privado como el *macho Pozuelo* más privilegiado que yo. Pero bien, me termino de presentar, soy un investigador social, fruto anacrónico del maltrecho Estado Social de derechos que hoy nos dona las pocas certezas con las que existimos, misma institucionalidad social que gente como Pozuelo o el inagotable de Otto Guevara, entre otros y otras, hace décadas desean acabar por completo.

Pues bien, como no soy Shakespeare pero tampoco soy *Macho Pozuelo*, me preocupo como todas/os ustedes de la ruptura actual que vivimos en nuestro ritmo de vida cotidiano, me sorprende al igual que ustedes de cómo muchas personas acuden a los supermercados a realizar “*compras pandémico apocalípticas*” de papel higiénico y otros alimentos no perecederos. Pero en mi caso trato de no juzgar, busco comprenderles y comprenderme; es claro que necesitamos certezas, seguridades y cierta urgencia de control en una situación extraordinaria en la que las inseguridades e incertidumbres cotidianas se han hiper intensificado, porque sí, la *inseguridad* y la *incertidumbre* no son la excepción en nuestros tiempos “posmodernos”, es más bien el pan de cada día desde hace décadas en nuestras vidas. Si no me cree, y puede hacerlo, deténgase a pensar en las personas empobrecidas- que el capitalismo no dejará nunca de producir- o las personas que trabajan en su motos, bicis motos o bicis para UBER EAT o GLOVO, el vendedor ambulante del bulevar josefino, la chica que te ofrece flores o cualquier cosa en los semáforos, todas personas sin seguro social.

Pero igualmente a como busco comprender también siento miedo, temor y preocupación. Me preocupa que no todos puedan comprar uno o 1000 mil papeles higiénicos. Sí, algo tan banal como comprar papel higiénico también pasa por un tema de clase social; como también la clase social atraviesa la forma en cómo y dónde vivimos y viviremos la “distancia social” es por ello que no será lo mismo la vivencia de la pandemia en la parte Alta de Bello Horizonte de Escazú o en un *flat* (apartamento) de 200 mil dólares en Escalante, contra la vivencia del coronavirus en el La Carpio.

Entonces sí, me preocupa además la población en condición de calle, me preocupa las personas migrantes y la exacerbación de sentimientos nacionalistas, me preocupa la violencia intrafamiliar, la violencia etérea, de género y el aumento en los femicidios, me preocupan los sectores populares y barrios urbano marginalizados, segregados y estigmatizados –como la gente de Las Gradadas o Los Pinos en Tejarcillos -; los pulseadores de barrio Cristo Rey - que no son los emprendedores *nice* y exitosos de barrio Escalante¹; así como las personas desempleadas y las personas trabajadoras informales; me preocupa la ausencia de políticas claras en relación a la suspensión de alquileres y créditos informales usureros para las personas de a pie. Otra vez sí, esas personas que día a día tienen que atravesar la ciudad, el pueblo, la comunidad, el barrio.

1. Los cuales no dudo que la pasen mal pero contarán con otras (in)certezas materiales y subjetivas.

Veo atónito como los cámaras empresariales realizan “análisis” de la situación, proponen salidas y recomendaciones de cómo salvar sus negocios y de cómo cortar contratos laborales y flexibilizar las jornadas de trabajo para no echar mano de despidos masivos². Ellos no quieren el caos, saben que lo que enfrentamos es una amenaza de orden global; que supera al mercado capitalista y su poder, ellos hacen sus tarea y creo no la hacen con absoluta mala conciencia, no todos son Pozuelo, están los “buenas” corporaciones capitalistas estilo Automercado, por ejemplo, y sus políticas inclusivas elitizadas de consumo en coyuntura de crisis eco-biológica. Sí, luego de las crisis, todos ellos dejarán de ser “neokeynesianos” para volver a convertirse en neoliberales.

2. Atónito ante cómo las cámaras - sindicatos de empresarios- se revisten aparentemente ante la opinión pública, como si fueran los verdaderos defensores de las necesidades e intereses de las clases trabajadoras.

Veo también con alta preocupación que el llamado que se hace para hacer frente a la *crisis social, biológica y económica* es el de reforzar una articulación “virtuosa” entre lo Estatal y lo privado, como si el resto de la sociedad civil no existiese, como si otro tejido social no habitase el espacio de la ciudad o los espacios rurales supeditados a la vida urbana de la ciudad –como sostuviera Marx.

No se hacen esfuerzos –o se hacen pocos desde los poderes políticos- por articularse con organizaciones ambientalistas y ecologistas, sindicales, organizaciones religiosas de base, movimientos estudiantiles, organizaciones campesinas e indigenistas, organizaciones LGTBI, feministas, etc. Pero asimismo, también cabe preguntarse si esta articulación no se da porque este tejido no existe o está profundamente erosionado o bien, ¿por qué este tejido organizacional –a nivel de sus liderazgos- mayormente disfruta de una condición de clase privilegiada, la misma que yo gozo?

Estamos casi a finales del mes de marzo iniciando casi la tercera semana del primer caso, y en la opinión pública nacional sigue sin escucharse una voz vehemente de las organizaciones que sostienen, resisten y defienden la debilitada institucionalidad social, a sus empleados y empleadas públicas que el país aún conserva (los cuales hoy literalmente nos están salvando la vida). Siguen, además, sin hacerse sentir de manera efectiva las organizaciones que contienen y defienden a todas esas personas y grupos vulnerabilizados, señaladas por el ambiente cultural ultraconservador, elitista y fascistoide que los estigmatiza y segrega por ser lo chata, lo tierroso, lo inculto, lo anormal, lo amenazante, lo descartable. Al menos hasta el día de hoy, he leído pocas reacciones o manifestaciones políticas desde la izquierda que aborden con agudeza y contundencia la situación crítica que nos subsume.

Sí, yo no tengo respuestas para dar. De mi “genio”, permítame que insista no saldrá un nuevo Rey Lear, ni el guión para un capítulo de BLACK MIRROR o para otro fenómeno de masas como Maikol Jordan. De ese, mi “genio” de izquierda “radical” con un sensibilidad esteparia a lo Hesse, emergen tan solo esas preocupaciones, algunas provocaciones y quizás una invitación a construir propuestas y buscar una cooperación excepcional, en circunstancias excepcionales con el gobierno, con el sector privado, con nosotros mismos la cual busque proponer medidas que atiendan la vida cotidiana dañada de

aquellas personas, grupos y clases sociales que siempre han vivido justo como hoy vivimos todos, en la *incertidumbre* y la *inseguridad* de la pandemia del bio-poder del capital.

La invitación es también a buscar construir e imaginar propuestas y soluciones contingentes para esos grupos y clases sociales que no tiene el acceso a los principales medios de comunicación, que no tiene acceso al *horario prime* de la edición de medio día de telenoticias, tal como sí lo tienen los presidentes de la Cámara Nacional de Turismo o de la UCCAEP, dialogando horizontalmente con Ignacio Santos, contando pues, con la oportunidad de decir y presionar públicamente para que atiendan sus necesidades e intereses, para que escuche - por medio del imago-megáfono que es la TV o la web- “nuestro” poder político, así como otras élites capitalistas, sus respuestas, soluciones y demandas ante la crisis eco-biológica, económica y social. Contemplamos entonces, un monólogo en donde el poder le habla al poder, el poder se habla a sí mismo.

Entonces, Sí, por favor quedemonos en casa por lo menos aquellos y aquellas que podamos, pero es imperativo pensar en cómo constituir “distancias sociales” marcadas por la solidaridad y el acompañamiento que busquen sin la menor duda, destruir aquellas otras sempiternas distancias, distinciones y diferencias de nuestra sociedad de clase, que amenazan e imposibilitan antes, ahora y en el futuro alcanzar una verdadera igualdad y justicia social en nuestra sociedad y, por qué no, en el mundo.

Si algo nos dona el COVID-19, es que la lógica del capital nos lleva cada vez más cerca del abismo (quizás hace tiempo estemos ya cayendo en él), a la destrucción de la sociedad.

Debemos salvar la sociedad, debemos demandarnos la posibilidad de salir de las distopías del capitalismo y esto también nos lo regala la pandemia, la cual se convierte curiosamente, parafraseando a Walter Benjamin, en un potentísimo rayo de luz que viene del pasado-presente a iluminarnos, atravesando nuestra existencia presente en un momento de profundo peligro y crisis, paradójica luz que nos permite correr la penumbra de la caverna y alumbrar otra vida, imaginarnos y soñarnos en la creación y construcción de otra vida menos dañada.

Moravia,

21 de marzo, 2020.